

RAMÓN ORDAZ DESDE LA MEMORIA Y EL AFECTO

Fidel Flores



En un pueblo-ciudad sin bibliotecas y con escasas librerías dedicadas principalmente a textos escolares, en una época donde los talleres de lectura o literatura eran inexistentes, acercarse a la poesía era una verdadera osadía. Solo quedaba la intención y el misterio que esta encerraba. Se avanzaba a ciegas: ¿qué leer? ¿con quién compartir esa ensoñación? Apenas unos pocos libros influían en quienes intentábamos escribir y creíamos en lo que nos atrevíamos a considerar como escritura. En esas circunstancias, y creyéndome poeta, conocí a Ramón Ordez a principios de los años setenta del siglo pasado.

La persona que me lo presentó se refería a él como un auténtico poeta, alguien que había dejado de ser un desconocido en ese ámbito, puesto que contaba con obra publicada en periódicos y revistas. Era alguien capaz de ofrecer consejos y dar una opinión experta sobre lo que, modestamente, uno aspiraba a crear como poema.

Después de más de medio siglo, es innegable que ese primer encuentro revolucionó mi visión de la literatura, mi sentir por la poesía y mi modo de expresar el poema. Aquel instante deshizo lo previo, lo ya escrito, e instaló profundas inquietudes. Todavía resuena en mí la sugerencia de que leer buena poesía y buena literatura era un acto superior, necesario para desarrollar un criterio firme si la palabra poética era, en efecto, un compromiso de vida; esa invitación nos impulsó a aventurarnos, a explorar horizontes desconocidos.

Varios años después, nuestros caminos se cruzaron nuevamente en Caracas. Las preocupaciones que nos habían inquietado seguían latentes, anhelando una resolución, y el momento parecía ideal para ello. En aquel entonces, Ramón estaba gestando la revista *En Ancas*. Me uní plenamente a él a partir del segundo número, acompañándolo hasta que se llevó la revista a Cumaná. Aquellas fueron jornadas intensas, marcadas por diversos desafíos, y el aprendizaje que obtuve fue profundo y definitivo.

De esa época, recuerdo vívidamente los dos primeros libros del poeta. *Esta ciudad mi sangre*, publicado por el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos en su colección “Vo-

ces Nuevas”, y *Potestades de Zinnia*, editado por Monte Ávila Editores en su colección “Los Espacios Cálidos”. Cada uno de ellos, con características particulares, ya exhibía claramente los elementos que definirían su poesía. En ese tiempo, sin duda, como el poeta mismo expresó en el primero de sus títulos, todos “hacíamos trampas a la esperanza para vivir de ella”. Su poema, sus libros, los percibimos y sentimos como un triunfo colectivo y así los celebramos. Si bien marcaban un principio, respondían al rigor que ha acompañado su obra conocida, tanto en poesía como en ensayo, a lo largo de este extenso devenir.

La memoria de esta travesía está tejida por la amistad y la poesía, con giros tan inmensos como inmediatos. Nos perdimos por el mundo y nos reencontramos con los mismos nombres, las mismas inquietudes y las mismas e imponderables ebriedades. Así, entre lejanías y cercanías, lo vimos crecer. En particular, sentí la fuerza del poema en la *Antología del otro*, un libro donde la aguda mirada del poeta se transforma en palabras que advierten su entorno, sin distanciarse de las circunstancias. Son palabras que, en determinado momento, podrían olvidarse en las páginas envejecidas de un libro destinado al rigor de los estudiosos, pero que, sin embargo, representan un instante de vida. *Kuma* se presenta como parte del destino, con la recurrente percepción del mar que acompaña su memoria y se convierte en nostalgia; una añoranza por una ciudad que se sueña y que aparece como anunciación en su primer libro. Esta ciudad retorna en *Kuma* cuando se pregunta: “¿Es esta la ciudad que tú querías?”. Es la ciudad que lo acerca al origen, al ancestro que lo habita y lo hace nómada, porque esa es solo una estación, un puerto que lo aproxima al lugar deseado que no parece estar en ninguna parte. Toda permanencia lo compromete, y el suyo parece ser consigo mismo, manifestado en la necesidad de construir “un mar para mi fuga”, como escribió en algún poema de sus inicios que alguna vez leímos. Hemos estado con él en *Grafopoeemas*, en *Albacea* y en *Podá*. Seguimos estando, incluso en la página en blanco que espera la plenitud de la palabra, sin pensar en esa frase de Lope de Vega que sugiere que “Lo mejor de un poeta es lo borrado...”.

Barcelona, Anzoátegui. Junio 2025.